
IGLESIA Y PEREGRINOS EN EL NORTE DE CHILE: REAJUSTES EN EL BALANCE DE PODERES

Hans Tennekes y Piet Koster (Amsterdam)

Introducción

La simbiosis que observamos en América Latina entre el régimen eclesiástico y la religiosidad popular remonta a una alianza estratégica colonial entre Iglesia y clase popular: entre un régimen religioso ortodoxo, de origen aristocrático-burgués, foráneo y centrado hacia afuera y, por otra parte, una masa popular religiosa de campesinos y obreros mineros de origen indio y mestizo y de inspiración sincretista. En los distintos contextos nacionales, históricos, políticos y coyunturales observados en el continente, puede originar esta antigua alianza estratégica una variedad de maniobras tácticas de ambas partes: autoridad eclesiástica y dirigentes populares, sean éstos del medio político, social o religioso.

En la vida religiosa de un sector importante de la población del Norte Grande de Chile, el peregrinaje constituye un fenómeno central. Uno de cada ocho nortinos realiza todos los años un viaje como peregrino a uno de los santuarios marianos: La Tirana, Las Peñas o Ayquina. De estos peregrinos, las sociedades de bailes religiosos forman el núcleo fuerte y bien organizado, que reclutan sus 12.625 miembros casi exclusivamente de la población obrera de puertos y campamentos mineros. Las actividades de estas sociedades unidas en asociaciones y una federación, están orientadas a organizar su peregrinaje al santuario de su referencia, donde han de bailar como elemento fundamental de la liturgia popular que allí se desarrolla. Parte considerable de sus miembros realiza el peregrinaje motivado por una promesa. En una situación de crisis personal -especialmente en caso de enfermedad- se promete a la Virgen ir a bailar, durante tres a más años, el día de su fiesta en el santuario. Los que no bailan suelen realizar-bajo promesa o por devoción, otras tareas de culto en el santuario, como músico, dirigente, porta-estandarte, enfermero, etc. y muchos de ellos han cumplido anteriormente con bailes para la Virgen. Todos ellos se consideran devotos de la Virgen: los que están inspirados por una devoción duradera hacia Ella.

Desde hace varios decenios, este peregrinaje anual forma el teatro de la lucha de competencias, y de poder, entre las sociedades de bailes y la Iglesia Católica, una

lucha en que además, se mezclan detentadores de poder político y económico. De esta lucha por el poder data este artículo.

Es necesario, para comprender la situación, recordar que la posición de la Iglesia en el Norte Grande es diferente de la que observamos en el Centro y Sur del país. El aparato eclesiástico en la región costera y minera del Norte se ha formado sólo a partir de 1879, año en que Chile conquistó los yacimientos salitreros de Bolivia y Perú en la Guerra del Pacífico. En la primera mitad de este siglo, la influencia de la Iglesia se había debilitado notoriamente en esta región, como consecuencia de la turbulencia e inestabilidad que ocurrieron durante y después de la Independencia. Cuando en la segunda mitad del siglo la región costera y la pampa se poblaron de mineros, obreros portuarios, etc., se fue formando una sociedad nueva en la que la vida religiosa se desarrollaba en gran parte fuera del alcance del clero. Al constituir su aparato administrativo en la región, la Iglesia Chilena ya tenía que superar un atraso considerable en la nueva sociedad nortina. Así es que sus esfuerzos para aumentar su influencia en el pensar y actuar religiosos de las masas populares, fueron recibidos con mucha reserva. Esta reserva era mayor por cuanto la Iglesia tomó, en el contexto de la política de chilenización gestada por el gobierno de Santiago, una actitud bastante patriótica, a la vez que se negó a apoyar el partido de los obreros, en el contexto de la lucha de clases que se manifestaba con creciente vehemencia.

Las relaciones entre Iglesia y detentadores del poder político y económico, en esta región como en otras partes del país y del continente, han sido bastante ambiguas. Por una parte, siempre se han necesitado los unos a los otros, de modo que podemos hablar de una comunidad de intereses, o una simbiosis. Por otra parte, sabemos que ambos, Iglesia y Estado, siempre han buscado ampliar su dominio de poder a costa de la otra parte, y que siempre ha existido entre ellos una contradicción de intereses, o una rivalidad. En el Norte Grande, sin embargo, esta simbiosis y esta rivalidad cobran un carácter particular. La política del gobierno en Santiago se llevaba en función de los intereses de la élite económica y de los empresarios comerciales y mineros de las provincias nortinas. Las regiones conquistadas en 1879 fueron explotadas como colonia interna de Chile. La Industria Salitrera formaba la principal fuente de ingreso del gobierno chileno. Así constituía la pampa nortina, con sus reservas mineras estratégicas, el talón de Aquiles para los círculos del poder político: fuente de riquezas y divisas, pero también vulnerable por el aislamiento y por las intenciones revanchistas de los países vecinos. El hecho que precisamente en esta región la clase obrera, bajo el liderazgo de dirigentes marxistas radicales, tempranamente comenzaran una lucha empedernida por mejorar sus condiciones de vida, transformé la situación del Norte lejano en una preocupación constante para la élite de la sociedad

chilena. Intranquilidad en el campo laboral era tan amenazante para los círculos del poder en Santiago como para los empresarios del Norte. No sólo la Iglesia, también el Estado tenía un gran interés en reforzar al máximo el control del centro sobre esta región periférica. Pero esta coincidencia de intereses no excluía la rivalidad. Así, la Iglesia se ha ido presentando en el transcurso del tiempo, como la defensora de los pobres, lo que significó un reforzamiento de su posición frente al Estado y la élite política que lo controlaba.

El peregrinaje anual a los santuarios desérticos se realizaba en el contexto de este conjunto de relaciones entre la Iglesia Católica, los detentadores del poder político-económico y una clase obrera conciente y militante conformando un factor activo en el balance de poderes como veremos más adelante. Este artículo intenta precisamente destacar este factor, poco considerado en la literatura pertinente, analizándolo a través de su desenvolvimiento durante un periodo más prolongado. Nuestro tema central es la formación de las organizaciones de peregrinaje y su posterior integración en la Iglesia como un régimen religioso independiente que se ubica, al interior del dominio de la religión católica, al margen de y en oportunidad aun en oposición a la Iglesia. Dado el hecho que el fenómeno peregrino en los tres santuarios mencionados más arriba no es idéntico, nos referimos aquí en particular a la situación respecto al santuario de La Tirana, que cuenta con el número más grande de peregrinos.

1. El Monopolio poco eficiente del régimen religioso de la Iglesia Católica: la situación antes de 1950

El peregrinaje a los santuarios marianos del Desierto de Atacama forma parte del complejo de pensar y actuar religioso que se llama catolicismo popular, o religiosidad popular católica, es decir, la religión de las masas populares de América Latina que se llaman católicos, que en la liturgia y doctrina oficial de la Iglesia Católica Romana, sólo juega un papel reducido. En aquellas regiones del continente, donde un sector importante de la población es de ascendencia indígena, como es el caso del Norte Chileno, la religiosidad popular lleva en más de un aspecto las características de sincretismo. El "pueblo", es decir, la masa de la población, llamada clase popular, mantiene en su religión toda clase de elementos de culto precristianos y ha transformado, además, prácticas de culto hispano católicas a su propia manera, reinterpretándolas. En forma más o menos exitosa celebra su propia religión al margen de la vida eclesiástica oficial, encontrándose, ora con la tolerancia, ora con las ofensivas ortodoxas de parte de la autoridad eclesiástica. Casi como por instinto, se guarda distancia del ojo vigilante de la Iglesia, siguiendo sus propios caminos con silenciosa pero

indeclinable persistencia, que se merece admiración. Se reconoce la autoridad eclesiástica como la tradicional administradora de algunos sacramentos indispensables, como el bautismo, bendiciones, etc., o como la fuente necesaria o proveedora de implementos de culto popular, como imágenes, agua bendita, etc. Pero el pueblo no se ha preocupado nunca por la doctrina ortodoxa, ni se ha sentido satisfecha con la liturgia sacerdotal, ni se ha sentido "en casa", social ni culturalmente, en los templos triunfalistas, ni jamás se ha identificado con el aparato administrativo de la Iglesia y su ambiente elitario-burgués. Si bien la Iglesia, como administradora del culto oficial y como proveedora de una serie de servicios religiosos indispensables, ocupa una posición monopólica, ella ejerce poca influencia sobre el pensar y actuar religioso de las masas populares. Sólo por el papel que ella juega en las grandes celebraciones multitudinarias de las devociones populares tradicionales celebraciones referentes a Semana Santa, la figura del Cristo sufrido, la devoción a la Virgen, etc.- que mayormente están concentradas en los centros de densa población y que en su consecuencia son más fáciles de controlar por la Iglesia, el clero puede fomentar la esperanza de conducir la religiosidad popular por "sendas más apropiadas". El catolicismo oficial de la Iglesia, y el catolicismo popular de la clase mayoritaria, se contraponen, por eso, de la siguiente manera: A un lado está la jerarquía clerical y los laicos fieles de práctica dominical (de cuyo medio se reclutan los sacerdotes y que proveen a la Iglesia de los recursos materiales necesarios), cuyo pensar y actuar religioso se caracterizan por la doctrina católica ortodoxa y la liturgia hispano-romana. Al otro lado se encuentra la masa popular católica, que, vista desde la perspectiva de la Iglesia, hace figura de una clientela, de inhábiles (inhabilitada), pasiva, desinteresada teológica y litúrgicamente, pero necesitada de protección. Pero encubierto por aquel papel de público asistente, el pueblo esconde su propio mundo vivencial religioso.

En términos de liderazgo, culto y base social, podemos elaborar esta contraposición de la siguiente manera: En oposición a la organización del clero jerárquicamente estructurado, existe un complejo bastante difuso de representaciones y prácticas, donde ciertamente la necesidad de liderazgo todavía es casi existente, pero donde laicos ocupan las funciones de dirigencia, por ejemplo en las sociedades de peregrinos y bailes religiosos. Referente al culto observamos una contraposición entre una Iglesia sacramentalista y las prácticas de devoción popular. La Iglesia sacramentalista se legitima teológica, bíblica y jurídicamente. La religión popular devocional y afectiva se legitima más bien por su práctica generalizada e irresistible, su antigua tradición de hecho, y a veces su tolerabilidad teológica ("no es contrario a la fe y la moral", aun si las corrientes ortodoxas y puritanas, dentro de la Iglesia lo ponen periódicamente en tela de juicio). La base social de la ortodoxia católica romana la constituye la élite de la

sociedad y la clase media. El catolicismo popular es casi exclusivamente asunto de la llamada clase popular. En esta oposición de clases se hacen todavía sentir las antiguas agrupaciones étnicas de la sociedad colonial y sus contradicciones.

Las clases dominantes se desenvuelven contra un trasfondo histórico de la tradición cultural hispano criolla y el correspondiente conjunto de roles sociales. La clase popular, aunque en Chile muy concientizada y políticamente movilizada, sigue siendo la herencia espiritual del mestizaje, que en la sociedad colonial jamás fue aceptado como una ciudadanía con plenitud de derechos.

Contra este trasfondo social, cultural e histórico, precisamente hay que estudiar el fenómeno del peregrinaje dirigido a los Santuarios Marianos del Norte Grande de Chile. En esta región, como en otras partes de Chile de América Latina, celebra cada comunidad local mayor anualmente su fiesta patronal, y está generalizado el fenómeno de peregrinajes hacia lugares donde se encuentra alguna imagen milagrosa de una virgen o un santo. Ambos fenómenos está relacionados por diferentes razones y circunstancias. Una imagen de un santo patrono puede conseguir la fama de ser milagrosa, iniciando simultáneamente un proceso de creciente atraktividad que conduce visitantes, devotos y peregrinos de afuera hacia la fiesta patronal del pueblo. Así es posible que una fiesta de pueblo se transforme, poco a poco, en una fiesta de peregrinos de toda una región. Tal desarrollo ha conocido también la "imagen de La Tirana". A principios del siglo pasado -cuando el desarrollo salitrero todavía no habla afectado a oasis y a bosques posteriormente reducidos a desiertos-La Tirana conocía una población mínima de carácter de fiesta peregrina. En las décadas del cincuenta y sesenta de este siglo, ya no quedaba casi nada de la comunidad local original, pero una vez al año revive el pueblito virtualmente muerto, cobijando durante una semana decenas de miles de devotos de la Virgen del Carmen.

Un rasgo típico de las fiestas patronales y de los santuarios peregrinos, tanto en el campo de Bolivia y Perú, como en el Norte de Chile, es el bailar en homenaje al Santo y no pocas veces en cumplimiento de una promesa o manda. Esta antigua tradición observamos también en la fiesta de La Tirana. Aquí como en los santuarios de Ayquina y Las Peñas, obtuvo este rito del bailar a la Virgen, un lugar cada vez más central en el culto popular. Estos bailes, que se ejecutan en conjuntos y que tienen una coreografía muy complicada exigen la organización de una sociedad en la que los bailarines se preparan, bajo la dirección de un 'caporal', a su peregrinaje. En el periodo que precede a 1950, estas compañías de bailes tenían una estructura organizativa diferente y más sencilla, comparándola con la contemporánea. En zonas rurales, estos conjuntos tendían a conformarse de los miembros de una(s) familia(s) extensa(s), siendo su dirigente o caporal uno

de los principales jefes de familia, el que dirigía tanto la parte religiosa como la parte organizativa del peregrinaje. En las compañías de los campamentos salitreros, donde no quedaba nada de las antiguas estructuras familísticas, se ejercía el liderazgo también según el mismo modelo informal y patriarcal. Las actividades de las compañías de bailes religiosos eran bastante reducidas. A la semana del peregrinaje precedían sólo algunas semanas de preparación en el santuario mismo, la coordinación de las diferentes compañías y sus actividades era casi nula. Cada conjunto realizaba su culto en forma casi autónoma y por lo demás eran todos dependientes de la Iglesia para asuntos como son la celebración de la Misa de Gloria y la solemne procesión que llevaba la imagen de la Santa.

Como marco contextual del desarrollo de la tradición peregrina no es suficiente considerar solamente la relación ambigua entre Iglesia y religión popular; hay que tomar en cuenta también el trasfondo de la lucha obrera tal como ésta se desarrollaba en la industria salitrera, con sus minas, puertos, ferrocarriles. La población obrera, reclutada primero de las regiones agrícolas y ganaderas andinas adyacentes, y posteriormente del campo del Norte Chico: las provincias de Atacama y Coquimbo, tenía una existencia triste y dura, sin esperanzas y sujeta a sangrientas represiones. Desde el fin del periodo peruano se libraba una dura lucha de clases, dirigida por un sindicalismo militante, en que el posterior Partido Comunista de Chile (la más antigua del continente, fundada precisamente en el Norte salitrero) jugaba un papel gulo. La historia del movimiento obrero en estas provincias se caracteriza por largas y duras huelgas laborales, que muchas veces terminaban en represión sangrienta y algunas veces al precio de miles de víctimas. Los períodos de "tranquilidad" que seguían, eran tiempos de esclavitud sin esperanzas y periodos en que el sindicalismo en la clandestinidad se reorganizaba para preparar nuevas actividades y movimientos.

El control de los mineros en los campamentos cercados era casi impermeable. En el desierto no habían otras fuentes de existencia, y no habla adonde dirigirse. En este ambiente -donde la Iglesia estaba virtualmente ausente-la religiosidad popular se dirigía automáticamente hacia las fiestas patronales de los pueblitos agrícolas ubicados en los oasis cercanos. La creciente fama de la fuerza milagrosa de la Virgen de La Tirana transformó el pueblo lentamente en un santuario de creciente concurrencia obrera.

Este desarrollo del fenómeno peregrino respondía a una fuerte necesidad religiosa, originada muchas veces en situaciones de extrema emergencia social, económica y síquica. Pero la devoción popular, canalizada en peregrinajes, respondía en ciertos aspectos también a una función positiva para las empresas

salitreras, porque desviaba la atención y la conciencia obrera de la lucha sindical, calmaba el entusiasmo para las huelgas y tranquilizaba las emociones. El peregrinaje era un bálsamo para las heridas después de cada enfrentamiento y un consuelo en la dura existencia con un cheque para la justicia celestial. El peregrinaje ofrecía una oportunidad a los patrones y jefes, para humanizar su imagen, por ejemplo, concediendo "generosamente" un permiso sin salario, o poniendo locomoción de la compañía salitrera entre los campamentos y el santuario, al servicio de los peregrinos.

Sin embargo, los peregrinajes cumplían también funciones positivas, en tiempos de represión y clandestinidad, para el sindicalismo y la lucha de clases, ya que invocando motivos de "religión" y "sagradas obligaciones", y el "pago de una manda", tenía algo de intocable, aun para los empleadores. Pase lo que pase, el peregrinaje se realizaba. Así el peregrinaje tuvo una función de asilo. El santuario formaba un punto seguro de reencuentro para los obreros y sus dirigentes perseguidos. El contacto de éstos con "sus bases", imposible en los campamentos cercados, se retomaba en el santuario y se continuaba así. Al mismo tiempo, ofrecía la fiesta en el santuario, aunque no intencional ni conscientemente, un momento en que las masas obreras de los 30 ó 40 campamentos de la región podían reagruparse en terreno propio. Detrás del camuflaje de la fiesta peregrina se podía avivar el fuego de la lucha. A pesar de la reserva que sentían los dirigentes sindicales y políticos de ideología marxista frente a este "opio del pueblo", el peregrinaje funcionaba como una oportunidad en que los obreros del salitre retomaban valor y fuerza en la lucha por mejorar su destino.

Desde esta época ya, tenían los dirigentes de las compañías de bailes, no pocas veces, experiencias en el sindicalismo, sea como miembro organizado, sea como dirigente en funciones y tareas de más bajo nivel organizativo. De esta manera adquirieron conocimientos y experiencias que desembocaron en una organización de peregrinos fuerte y militante, como la que se cristalizó a partir de 1960 según el modelo de los sindicatos.

El desarrollo del fenómeno peregrino se realizó totalmente fuera del alcance de la Iglesia. La posición de la Iglesia en esta región era más débil que en otras partes del país, no sólo porque las masas obreras se hablan alejado de la Iglesia, sino también por actitud liberal-anticlerical de la élite social y económica, que conducía la empresa salitrera y el aparato de la administración pública. Pero la Iglesia no se conformó con su posición desfavorable, sino encaminó una estrategia protectora referente a las masas populares. Sus únicas armas -fuera de los indispensables sacramentos y servicios religiosos-formaban la caridad para los desamparados y el asilo para los perseguidos; armas manejadas en su conquista del favor del

"pueblo". En particular el Cardenal Caro, a mediados de este siglo Obispo de Iquique y de la región salitrera de Tarapacá, buscaba por medio de la predicación de la doctrina social de la Iglesia, recuperar el pueblo para la Iglesia -rivalizando así con los sindicatos marxistas-y presentándose a la vez en la figura de la "noble tercera potencia", ubicada entre los detentadores del poder político y económico por un lado,y por otro, los partidos de oposición izquierdista y los sindicatos. La recuperación de su posición desfavorable en la región, la reconquista de su tradicional clientela popular era asunto de ser o no ser para un régimen religioso que pretende encarnar el liderazgo espiritual de la nación y constituir como tal, una instancia de similar importancia que el Estado.

Con estos temas completamos más o menos el bosquejo de la situación de las relaciones entre Iglesia, poder público y clase obrera durante los primeros ochenta años del régimen chileno en el Norte Grande. El poder seglar del estado nacional que se identifica con los intereses de los empresarios, se ve confrontado en este periodo con organizaciones laborales radicales que crecen en poder e influencia y que se niegan a reconocer la legitimidad del orden establecido. Por otra parte la Iglesia, como régimen religioso, goza de una posición no discutida de monopolio, ya que las organizaciones laicales formadas para atender las actividades del peregrinaje, están atomizadas, ejercen su actividad cada año por un breve periodo y se limitan a un objetivo muy concreto y reducido. Sin embargo, la iglesia tiene poca influencia en el pensar y actuar religioso del "pueblo". La clase obrera traza, en lo religioso, su propio surco. Los intentos de la Iglesia para conquistar el liderazgo espiritual del pueblo por su estrategia protectora y beneficiadora de los "pobres", no eliminan la distancia entre ella y la clase obrera, pero, agudizan indudablemente la tensión tradicional entre Iglesia y detentadores del poder seglar, cuando cada uno a su manera pretende intensificar el control de las masas populares.

2. Formación y crecimiento de la organización de peregrinos como régimen religioso: 1950-1970.

A partir de 1950 se transforman las organizaciones de peregrinaje poco a poco y de una manera cada vez más profunda a la vez que el número de sus miembros crece rápidamente. En primer lugar, la pauta de sus actividades se amplía considerablemente. Antes se limitaba a la preparación inmediata del peregrinaje durante dos o tres semanas, y a aquellas actividades relacionadas directamente con el Santuario y su culto. Lentamente, este periodo de preparación se va extendiendo por una parte considerable del año; tres meses, seis y hasta nueve meses, mientras que las actividades comprenden más que sólo los ensayos del

baile y del culto. Cada vez más actividades se desarrollan en casa: los campamentos mineros y los barrios obreros donde viven los bailarines. Mucho más tiempo que antes, se dedica a actividades sociales. Se invierte también más tiempo y atención para una buena presentación durante la magna fiesta, y se destina más dinero para la dignificación del culto y para los trajes de baile. No sólo los trajes hermoseedos y los bailes presentados a la mayor perfección, también una música más "bonita": banda de guerra en vez de bombo y flauta, aportan al efecto total de la celebración en el santuario que ha de ser cada vez mejor organizada y masiva.

También internamente se transforma la estructura organizativa. Las actividades estrictamente religiosas y del culto siguen bajo la responsabilidad del caporal. La dirección de los otros asuntos, en particular los asuntos organizativos, pasan a manos de una directiva democráticamente elegida y periódicamente renovada. Surge una reglamentación estricta y una disciplina acentuada. Pauta organizativa, esquema de reuniones, estilo de trabajo, etc., son prestados a los sindicatos, cuyo desarrollo interno se conocía bien. Las compañías, transformadas ya en "sociedades", se asocian entre ellas. Primero se forman asociaciones o centrales de bailes religiosos entre aquellas sociedades que se ubican en la misma localidad. En 1964 surge el proyecto realizado cuatro años después, de un intento de agrupar a todas las sociedades y asociaciones con referencia al Santuario de La Tirana, en una sola federación de bailes religiosos. Pocos años después se forman federaciones similares de los Santuarios de Las Peñas y Ayquina. Por esta unificación de fuerzas y recursos, es posible atender los intereses de las crecientes masas de peregrinos en forma más eficaz. Se encaminan conversaciones y reuniones sobre asuntos como: el orden litúrgico de la fiesta, mantención del orden público, facilidades de transportes, agua potable, servicios de salud en el Santuario, etc. con autoridades eclesiásticas, civiles y militares, con la Cámara de Comercio, el Ministerio Provincial de Educación, carabineros, etc. La fiesta en el Santuario es cada vez más "su" fiesta y las sociedades y asociaciones reunidas en la federación se esmeran para que su fiesta sea un gran éxito en todo aspecto: organización, disciplina, calidad de los bailes, etc.

Por una modernización de la antigua tradición se busca ganar el respeto de la opinión pública, la que tradicionalmente condena aquellas "costumbres indias" de los bailes religiosos, tildándolas de paganas y primitivas. Este proceso de modernización resulta de los constantes esfuerzos para superación y perfección del culto, formación y educación de los bailarines jóvenes, superación del nivel cultural y religioso de los peregrinos, y adaptación a las exigencias modernas.

En la perspectiva de este proceso de modernización, y en particular, del plan de otorgar a la organización una personalidad jurídica, se encuentra lógicamente la pretensión y la política de acentuar el carácter exclusivamente religioso de las sociedades de bailes. Discusiones políticas no se admiten en su interior, y nuevos miembros se reciben sin considerar su afiliación política. Se persigue reconocimiento de su derecho a las prácticas religiosas típicas y se rechaza decididamente que se les tilde de grupos folklóricos u organizaciones político-sociales.

¿Cuál es el trasfondo de este notable crecimiento y transformación de la organización de peregrinos? y ¿Cómo pudo realizarse un proceso de tan profunda transformación en tan corto tiempo? Sin pretender presentar aquí un análisis exhaustivo, podemos de todos modos señalar dos factores explicativos. Primero observamos un crecido nivel de escolaridad y de formación de la población obrera de la región. Antes de la Segunda Guerra Mundial el gobierno ya había generalizado el acceso a la enseñanza básica, en el marco de su política de chilenización y a pesar de la recesión económica de los años treinta. De este modo, la clase obrera del Norte Grande en su casi totalidad ya estaba alfabetizada en los años cincuenta. La radio, por lo demás con programas controlados por las autoridades, y en los campamentos mineros controlados también por la empresa, ya había hecho su entrada generalizada y sonaba el día entero por campamentos y barrios obreros. Para amortiguar la carencia de recreo en los campamentos mineros, se exhibía diariamente películas casi gratuitamente de modo que los obreros conocieron otros países y sociedades con un nivel de vida superior y un estilo de vida diferente.

Segundo, observamos que en este período cambió el carácter del clima político. Más que en los años anteriores, los sostenedores del poder político estaban dispuestos a escuchar necesidades y deseos de la clase popular.

Aunque el populismo chileno fue frenado en el momento en que los radicales rompieron su coalición con los comunistas (1948), persiguiéndolos repentinamente a sangre y fuego, persistió este populismo como tendencia dominante en el desarrollo de la política hasta 1973. El populismo reinante tuvo por efecto un cambio en la estrategia de los partidos proletarios y el sindicalismo, transformando profundamente las expectativas de la población obrera. En adelante desaparecen anarquismo e ideologías revolucionarias radicales y hace su entrada una estrategia proletaria basada en la expectativa de una superación de niveles de vida y posiciones sociales dentro del sistema socio-político existente.

Pero la situación económica, se fue modificando también en este período. La empresa salitrera tuvo un golpe desastroso en los años de la crisis mundial. A

pesar de un pequeño repunte en los años de la guerra, siguió perdiendo cada vez más su dinamismo. Parte de los mineros del salitre se ubicó en la gran minería del cobre que se encontraba en su período formativo; otra parte se trasladó a los puertos, integrando allí la masa del proletariado semi-ocupado.

Estos procesos de cambio cultural, político y económico, crearon las condiciones para la transformación de compañías tradicionales, informales e independientes de bailarines a una federación de sociedades peregrinas, democrática, disciplinada y bien organizada, que consciente de la fuerza de las masas, se presenta y actúa muy segura de si misma. El cambio del clima político permite y explica también el hecho que las sociedades federadas luchan con tanto entusiasmo conquistador por la legitimidad de su propia religión y por consideración de su propia organización como parte oficial y reconocido en las negociaciones referentes a: precios de transportes, atención de salud, servicios de agua potable, y otros asuntos pertinentes a "su" fiesta. Con este "poder popular" religioso y organizado, entra un nuevo jugador en la arena político- religiosa, un jugador que en poco más de un decenio cobra considerables éxitos en toda clase de terreno: las asociaciones locales consiguen del clero el derecho de participar en las procesiones de sus parroquias; la federación consigue de las autoridades que las centenas de comerciantes deben desocupar la gran plaza de La Tirana, la misma que se constituye en el dominio exclusivo de los bailarines y su culto; la organización federal supo también ganar un pleito iniciado contra los constructores de una importante atracción turística en el Santuario. Además contribuyeron substancialmente a grandes festividades conmemorativas de la Iglesia en la zona organizando eventos y procesiones multitudinarias en puertos y ciudades.

Para comprender bien estos éxitos, es necesario analizar la relación que existe entre el movimiento de los bailes religiosos y la Iglesia, y la que existe entre este movimiento y los grupos que están en el poder. Antes del gran crecimiento del peregrinaje y la formación del sistema organizativo asociativo, la Iglesia tenía una presencia más limitada en los Santuarios. Después de 1950, sin embargo, ella solicita visiblemente por el favor de los bailarines y peregrinos, ya más numerosos y organizados. Los Obispos, con todo su aparato pontifical aparecen sistemáticamente todos los años en la fiesta. Así, el clero da un brillo eclesiástico a aquella fiesta que en el fondo, le inspira tanta reserva. Obispo y clero dan también prestigio a la reunión plenaria anual de los dirigentes federales y a los congresos que la federación y asociaciones realizan todos los años, fuera de la semana festiva, y apoyan la formación y el buen funcionamiento de la organización peregrina, dando así más autoridad a los dirigentes entre las masas peregrinas. Las asociaciones locales de bailes religiosos son cobijadas en las diferente parroquias y reconocidas como organizaciones parroquiales legítimas, en

pie de igualdad con la “acción católica”, y similares. La autoridad eclesiástica ofrece a la federación la personería canónica y apoya oportunamente las gestiones de sus dirigentes ante las instancias civiles solicitando previsiones y reglamentaciones adecuadas en los santuarios.

Al mismo tiempo, la Iglesia ofrece un mejor servicio del clero a los peregrinos y su liturgia, como por ejemplo la bendición de sus elementos materiales de culto. Más accesible será también el servicio eclesiástico en asuntos de bautismo, funerales, y el servicio administrativo en las parroquias, como por ejemplo, atendiendo certificados de bautismos, etc.

Pero esta servicialidad y apoyo de la Iglesia tiene su precio. En consecuencia a la personalidad canónica otorgada, se le indican asesores espirituales a la federación y a las asociaciones locales. Hasta algunas sociedades tienen su propio asesor espiritual. El entusiasmo por la presencia e injerencia del asesor, está lejos de ser general entre los bailarines: En la base existe la más fuerte resistencia a la intromisión clerical, pero también entre los dirigentes de cumbre existe reserva y a veces desconfianza. Otra consecuencia de la personalidad canónica es, que también estatutos y reglamentos deben contar con la aprobación eclesiástica, y que los cantos deben ser revisados y armonizados con la doctrina ortodoxa, exigencias que conducen a correcciones y modificaciones impuestas simplemente por la Iglesia. El asesor espiritual insiste en la instrucción religiosa para los bailarines, en que todos deben prepararse para la primera comunión. Argumentan que la 'ignorancia' es uno de los más nocivos perjuicios de parte de la opinión pública, que ha de ser superado. Y los asesores saben muy bien lo sensibles que son los bailarines y sus dirigentes para la opinión pública, y el prestigio público.

Este precio no se paga al contado. Suele pasar tiempo hasta que los bailarines estén dispuestos a hacer concesiones. En el punto de la instrucción religiosa o catequesis, por ejemplo, los asesores avanzan muy poco en este período. La relación Iglesia-organización peregrina es estrechada más por iniciativa del clero que de los bailarines. A la vez, los dirigentes de la organización peregrina venden sus concesiones a la Iglesia por el mejor precio posible. Sucede que ellos ponen expresamente sus condiciones a la participación en procesiones parroquiales, solicitadas por el clero y el Obispo, para tener la garantía de un numeroso público. Tales condiciones pueden ser: un lugar prestigioso en la procesión, su propio estandarte e imagen de la Virgen, amplio tiempo para ejecutar sus danzas y sus propios cantos. Con cierto, éxito intentan servirse de los asesores como mandados o intermediarios para atender sus diligencias ante las autoridades civiles, o los incluyen como miembros en sus delegaciones que ha de dar mayor

peso y eficacia en las negociaciones de los dirigentes. También se espera de parte de la Iglesia toda clase de aportes materiales y financieros. La caja de los peregrinos tiene continuamente saldos en rojo y "la Iglesia tiene bastante dinero", así creen.

La imagen que emerge de lo anterior es la de una alianza entre un régimen religioso de sacerdotes y un régimen religioso de laicos. El primero parece dominante, pero el segundo es apenas subordinado. Se trata de un régimen de laicos bien organizado y militante, que se apoya en una religiosidad muy propia y de raíces muy profundas. Este régimen laical, es cierto, aprecia reconocimiento y protección, pero exige una amplia autonomía en el culto, mucho más de lo que la Iglesia suele conceder a los márgenes de su dominio. En vista del precio que la Iglesia está dispuesta a pagar por la numerosa clientela de que dispone la federación de los bailes religiosos, sus dirigentes tienen una carta fuerte en la mano, y exigen de la Iglesia un aporte estratégico en la lucha que libran por posiciones sociales mejores y por reconocimiento de su legitimidad. De por sí va, que la Iglesia también pone su pliego de peticiones. Cada uno de los aliados busca aprovechar al máximo la alianza para sus propios fines. Se respetan mutuamente, se alaban mutuamente con un decoroso culto de palabras, sabiendo que no se está interesado en la visión religiosa y la liturgia del otro aliado. Se admiten mutuamente en el santuario, pero tratando a la vez de quitarle espacio al otro.

Sin embargo, el hecho del espacio disponible en el programa de las ceremonias, se modifica paso a paso y sistemáticamente en favor de la liturgia eclesiástica oficial, y en detrimento de la propia liturgia de los bailarines. No causa sorpresa que, así, surge un cierto distanciamiento entre los dirigentes federales y asociativos y sus bases, porque aquéllos ceden, a opinión de éstos, demasiado fácilmente ante los deseos de la autoridad eclesiástica y, en cambio, conquistan pocas garantías y facilidades. La tensión entre bailarines y clero puede llevar a discusiones fuertes y emocionales sobre los "atropellos" de la tradición litúrgica de los bailarines por parte del clero y sobre toda clase de exigencias y usurpaciones de parte de los sacerdotes. Alguna vez es necesario que el Obispo en persona tranquilice los ánimos. Reserva, desconfianza y a veces rencor, en particular de parte de las bases frente a la Iglesia, es más que regla de excepción en los años cincuenta y sesenta. Los dirigentes federales y de asociaciones se encuentran en una posición difícil. En consecuencia de la alianza con la Iglesia, éstos tienen que negociar en dos frentes: hacia el clero y hacia sus propias bases. De ambos frentes el segundo parece aun más difícil que el primero. Las bases lanzan a menudo una dura crítica, reprochándoles dejación y comodidad en las negociaciones con la diócesis y no se dejan convencer fácilmente de la necesidad

de todo tipo de concesiones. Sin embargo, no surge nunca una crisis, ni en la relación Iglesia-Federación, ni entre los dirigentes de la cumbre y sus bases. No es que los bailarines necesiten de la Iglesia para su liturgia, porque gustosamente la realizarían a solas y a distancia segura del clero. También porque sus necesidades religiosas son otras de las que el clero puede proveer. Y porque necesitan, en su lucha por más prestigio social, un poderoso y prestigioso secundante, un escenario digno y reconocido en la sociedad circundante. En las pretensiones y ambiciones sociales de los bailarines está la explicación del hecho que están dispuestos a pagar, al fin y al cabo, un precio considerable por su alianza con la Iglesia.

No necesita argumento el hecho que este desarrollo de una religiosidad popular bastante masiva, pero poco organizada hacia un régimen religioso-popular formalmente institucionalizado, no puede dejar de interesar a los sostenedores del poder seglar. A principios del siglo actual las autoridades políticas no eran favorables a los bailarines y sus actividades peregrinas. Así, por ejemplo, solían prohibirse, en el marco de la política de chilenización, los ensayos y ejecución de los bailes religiosos en lugares públicos fuera del santuario. Uno de los tres santuarios, el de Las Peñas, fue clausurado y sellado entre 1900 y 1924 por la administración chilena. Funcionarios del gobierno chileno, profesores, periódicos, etc., ridiculizaron la tradición de los peregrinos, como expresión de primitivismo y falta de cultura, incompatibles con la idiosincrasia y cultura chilena. Los obreros peregrinos son muy sensibles a la crítica durante el periodo de su lucha emancipatoria religioso-cultural descrito en este párrafo y reaccionan a las emanaciones de la opinión desfavorable que fomentaba la sociedad burguesa referente a asuntos que para ellos tenían tanto interés y valor. Ya se dijo que la "modernización" y la institucionalización organizatoria del peregrinaje en gran parte fueron motivadas por el deseo de legitimación y prestigio social. De hecho en los años cincuenta y sesenta los peregrinos ya están lejos de ser tan pobres, ignorantes, marginados y primitivos como lo supone la opinión pública (burguesa). Por eso exigen para su culto y su organización una posición digna y respetada en la sociedad regional y urbana.

Los políticos -que en el marco de las tendencias populistas deben dar más atención a su imagen en el electorado- reaccionan a la situación en proceso de cambiarse, por ejemplo, peregrinando a los santuarios en sus campañas electorales y rezando a la Virgen públicamente. Se abstienen cuidadosamente de pronunciaciones y opiniones o juicios de valores, que podrían ofender a los peregrinos. Las autoridades civiles, siguiendo el ejemplo de los políticos cambian también su actitud. Se ven frente a un movimiento que "a filas cerradas" y apoyado en una legitimidad reconocida por la Iglesia, exige el derecho y la vivencia de su

propia identidad religiosa. Todo esto en un período en que el clima político cambia aceleradamente. Para evitar una avalancha de críticas y protestas, las autoridades civiles y administrativas cambian su anterior actitud enemiga, indeclinable y muchas veces abiertamente discriminatoria. Por su parte, los bailarines mismos justifican indudablemente este cambio de actitud, porque demuestran indiscutiblemente su disciplina en la fiesta y comprueban públicamente su patriotismo, integrando en su culto la bandera chilena y el himno patrio. Además, las solicitudes y exigencias que presentan, particularmente en los meses que preceden a la fiesta cuando el entusiasmo y el fuego sagrado arden, son totalmente razonables y atendibles. La guerra de las tramitaciones de parte de los servicios de seguridad, de salud, de tránsito, etc. se suaviza, y los funcionarios públicos se cuidan de no ridiculizar abiertamente a los bailarines; sólo en los periódicos aparecen regularmente artículos -muchas veces anónimos- en que el peregrinaje, las mandas y los bailes son pintados como una tragicomedia vergonzante. Pero, comparando documentos y artículos de prensa de principios de siglo, y aun de los primeros años después de la Segunda Guerra Mundial, con los de los años sesenta, podemos constatar una diferencia notoria. Gracias a su buena organización y su alianza con la Iglesia, los peregrinos supieron hacerse respetar en un periodo relativamente corto, de aquellos círculos que son decisivos para la opinión pública.

En el período que tratamos aquí vemos cómo la clase obrera, desde hace mucho tiempo organizada política y económicamente y encaminada como tal en una lucha emancipatoria, ahora se organiza también en el aspecto religioso, construyéndose un régimen religioso de laicos, en que ella puede expresar su propia identidad cultural y religiosa. De este modo se introduce un nuevo factor en la constelación de poderes tradicionales. En un tiempo en que las contradicciones entre el régimen secular de los que tienen el poder político-económico, por un lado y un contra-régimen de la clase obrera organizada, por el otro, se apaciguan, encuentra la Iglesia en su propio terreno un sistema propio de representaciones y prácticas religiosas, dirigentes religiosos propios y una forma organizativa propia. Este régimen, sin embargo, no cobra carácter de contra-régimen, pero vemos que se enreda desde el comienzo cada vez más en la alianza estrechante con la Iglesia. Para ésta, la aparición de este antagonista de hecho no es desfavorable. En vez de una religiosidad popular no organizada que a lo más sería canalizable marginalmente, pero que quedarla prácticamente incontrolable y ni siquiera influenciada, la Iglesia se encuentra ahora con dirigentes religiosos, que disponen de una amplia clientela y con una organización que controla sus miembros. Gracias a su capacidad de ofrecer a su antagonista servicios apreciados, la Iglesia está en condiciones de pedir un "precio razonable" para estos servicios y a adelantar más la realización de su pretensión de liderazgo espiritual aun de esta

población obrera. Así, un movimiento de emancipación religioso-cultural de la clase obrera, resulta reforzar inesperadamente también la posición de la Iglesia.

3. El régimen religioso popular después e 1973: de alianza a incorporación.

El once de septiembre de 1973 tuvo lugar, con "luz verde" de los demócrata-cristianos y con conocimiento anticipado de los obispos, el golpe militar que significó el fin del populismo político y el comienzo de un régimen autoritario derechista. Las profundas consecuencias de este acontecimiento pueden ser mencionadas aquí muy someramente. En un solo golpe desaparecen partidos políticos y sindicatos independientes que defienden los intereses de los obreros. Poco tiempo más tarde, la Iglesia constituye la única fuerza organizada de oposición al nuevo régimen militar, demostrando a la vez su capacidad de introducir una nueva variación al antiguo tema de la rivalidad simbiótica entre los detentadores del poder eclesiástico y seglar. Se presenta como protectora de la víctimas del régimen militar y defensora de los derechos humanos, lo que favorece mucho su prestigio entre el 'pueblo', y refuerza su base de poder. El régimen militar reacciona a esta actitud crítica de la Iglesia en forma irritada, que busca socavar su tradicional posición monopólica como único poder religioso públicamente reconocido, y a dar mucha atención y apoyo a las iglesias de la corriente pentecostal, que asumen una posición "más patriótica".

La organización de los bailes religiosos sufre graves pérdidas (aunque no en la medida en que fueron afectados los partidos de izquierda y los sindicatos). Se prohíben sus reuniones, una quincena de dirigentes y bailarines son ejecutados por el régimen militar, unas centenas de ellos son llevados presos, y muchos de ellos terminan en el destierro o el exilio. Otros son detenidos y sometidos a "interrogatorios a mano dura". En general los bailarines, peregrinos y sus dirigentes son fuertemente amedrentados y aterrorizados. Sin embargo, resulta que la posición a-política y el carácter exclusivamente religioso ofrecen una buena protección contra la dictadura enemiga de los obreros. La federación y el culto de los bailarines siguen en pie. En tres meses después del golpe recomienzan las reuniones, pero ahora en locales de la Iglesia, en calidad de celebraciones religiosas, en presencia de un asesor espiritual, con un permiso especial de la autoridad militar para cada reunión y con un auditor militar en la sala. Después de 18 meses se mitiga en algo esta reglamentación. La consecuencia de todo esto es que haya menos oportunidad, durante el año, para las actividades sociales de los bailarines. Más que en los años anteriores, el acento está en las actividades religiosas. Por el hecho que la protección de la Iglesia ahora constituye la condición para poder funcionar como organización de bailes y para ser reconocido

por el poder militar como organización religiosa, se ha reforzado considerablemente la posición estratégica de la Iglesia. Por lo mismo, ella puede ahora intensificar más el control sobre sus protegidos, sin que se le exijan por ello nuevas concesiones de su parte. En particular la instrucción religiosa, que en el pasado siempre tuvo oposición o resistencia, tiene prioridad. Así, los asesores insisten en que los dirigentes de los bailes se sometan a una formación religiosa intensiva, mediante los cursillos de cristiandad, un adiestramiento que, en la situación post-conciliar, pretende agregar al clero un equipo de "laicos conscientes" como ayudantes en el trabajo del aparato eclesiástico en la base.

Característico para la posición impotente de la organización de peregrinos, pero también para la desconfianza del régimen militar, es el hecho que además de la infiltración clerical -los cursillistas- aparecen también los infiltrados de los militares. Estos infiltrados son a veces conocidos entre los dirigentes que se cuidan ante ellos, despreciándolos a la vez, pero sin eliminarlos de su organización. Los infiltrados se introducen en las directivas, donde se les exige lealtad aprovechándolos para conseguir, por su intermedio, permisos de la municipalidad, gobernación, carabineros, etc., o para conseguir recursos y reunir fondos.

A fin de cuentas podemos constatar que la organización de los peregrinos, si bien sigue funcionando, enfunda un creciente riesgo de ser incorporada y asimilada por la Iglesia. Durante el período en que su organización pudo operar en un contexto social en que la clase obrera formaba un factor de poder de interés, pudo mantener también su identidad frente a un aliado dominante -la Iglesia- y, donde lo estimaba necesario ofrecer resistencia a las pretensiones de penetración de parte de ese aliado. Las concesiones a que la organización accedía, eran parte de un compromiso entre aliados básicamente iguales. Después de 1973, cambió la situación: su primera fuerza - el peso político de la clase obrera- pasó a ser su debilidad y su vulnerabilidad. A pesar de que se trata, en la organización de los peregrinos y bailarines, de asuntos religiosos, ella sigue siendo una organización de obreros, y por tal motivo los nuevos detentadores del poder no la miran con buenos ojos (no la tratan favorablemente). La organización como factor de poder independiente dejó, con eso, de existir. Solamente bajo las alas protectoras de la Iglesia, ella puede continuar sus actividades.) Así surge la situación que la Iglesia siempre ha tratado de crear; pero que durante la constelación política anterior no fue fácil de realizar: la de asimilar lentamente un régimen laical de considerable influencia y vitalidad. En esto, la Iglesia puede con justa razón contar también entre su clientela a los peregrinos y bailarines en los santuarios marianos del desierto. Con este logro, ella ha sabido reforzar considerablemente su posición frente a los detentadores del poder seglar.

La organización de los bailes religiosos por la penetración de parte de la Iglesia y por la intimidación e infiltración de parte de los detentadores del poder político, la organización de los bailarines deja de ser dueña en su propia casa y podemos preguntarnos si realmente le queda una casa propia. Sin embargo, no hay que subestimar su fuerza propia, asentada en su fuerza numérica, la homogeneidad de sus miembros, la intensidad de su devoción y la capacidad y experiencia de sus dirigentes, lo que comprueba el siguiente incidente: En 1975, la Iglesia Católica de Chile celebró el "año de la reconciliación nacional" (una iniciativa característica para la posición de la Iglesia después de 1973: la de intermediadora entre pueblo y militares). En ese marco, estimuló en sus predicaciones a María como la Madre de todos los chilenos y en Iquique (el puerto de 150.000 habitantes ubicado no lejos de La Tirana) se preparó una gran manifestación religiosa. La Virgen milagrosa de La Tirana sería trasladada en procesión al puerto (la Madre peregrina viene a suplicar por el amor fraterno entre sus hijos) y allí estaría en el centro de las celebraciones, momento culminante de una campaña de seis meses. La federación de bailes se encargó, después de largas y duras negociaciones, de la procesión multitudinaria, creyendo no poder negarse a ello. Al fin y al cabo se trataba de "su" imagen y se pensaba que sin su participación se perdería parte de sus derechos. Sin embargo, los dirigentes federados supieron conseguir algunas concesiones claras y concretas de parte de las autoridades religiosas y militares, en particular en el punto del ritual a desarrollarse. La federación sacarla la Imagen en procesión dirigiéndola y acompañándola, no con la música de la banda de los militares, sino por los músicos de los mismos bailes religiosos. Llegada a la Plaza Prat, la Imagen recibirla el homenaje de las autoridades, concesión cargada de significado simbólico, sino al revés: las autoridades militares bajarían en ese momento a saludar a la Imagen. Sin embargo, cuando la procesión multitudinaria llegó a la plaza, los carabineros indicaron a los portadores del anda de la Virgen, que se acercaran a la tribuna de las autoridades, y acompañados por la banda de los militares. Los dirigentes de la federación se negaron a cumplir la exigencia. Cuando carabineros trató de llevar la procesión por la fuerza (donde no había razón), se produjo un enfrentamiento en presencia de la Imagen, en que la policía golpeó a los dirigentes y a otros devotos. Finalmente, los cargadores encabezados por los dirigentes llevaron, indignados y sin más homenajes ni glorias, la Imagen por el camino más corto a la Iglesia Catedral, dejando a las autoridades en su tribuna. El culto festivo programado para esa tarde ante la Catedral, con bailes y cantos de los peregrinos, fue suprimido. La autoridad eclesiástica quedó muy mal ante las autoridades militares y éstas cosecharon una vez más la indignación del pueblo, en vez de hermosear su imagen. Pero los bailarines demostraron quiénes eran y qué vayan: con dignidad, coraje e independencia moral. Podríamos citar otros casos similares.

Estos incidentes son notorios por tres razones: Primero demuestran que los bailarines se atreven a desafiar al régimen militar, en el punto más sensible del honor (militar). A la vez demuestran a la autoridad eclesiástica, que se niegan terminantemente a actuar como acólitos del clero en el teatro de la reconciliación nacional. En tercer lugar, estos incidentes refuerzan la posición de los dirigentes frente a sus bases, precisamente en este período en que la lenta incorporación en la Iglesia tiende a alejar a los dirigentes de sus bases. En el caso citado, los dirigentes que no evitaron la confrontación con autoridades seculares y eclesiásticas ganaron en prestigio y autoridad.

BIBLIOGRAFÍA

Bax, M.M.G.

1984 "Religieuze regimes en staatsvorming: naar een politieke antropologie". Paper.

Kessel, Juan van

1980a "Danseurs dan le désert; une étude de dynamique sociale". Mouton; Paris, Francia.

1980b "Holocausto al progreso: los aymaras de Tarapacá". CEDLA; Amsterdam, Holanda.

1976 "El desierto canta a María", (2 Tomos); Santiago, Chile.

1975 "Bailarines en el desierto", (3 Tomos); Antofagasta, Chile.

Munster, A.

1974 "Chile-Priedlicher weg?". Wagenbach; Berlin, Alemania.

Petras, J. y Zeitlin, M.

1968 "Miners and agrarian radicalism". En: Petras, J. y Zeitlin, M. (editors). "Latin America: Reform or revolution?" Greenwich Fawcett. pp. 235-248.

Roxborough, I; O'brien, PH. y Roddick

1977 "Chile: The State and revolution". McMillan; London, England.

Tennekes, H.

1982 "Le mouvement Pentecotiste chilien et la politique". En: Social Compass, Vol. 25. pp. 55-80.

1978 "Mestiezen of arbeiders: dansers in de woestijn". En: Antropologische Verkennincen, jgr. 1; N° 2. pp. 219-229.

Cómo citar:

Tennekes, Hans y Koster, Piet

1986 "Iglesia y peregrinos en el Norte de Chile: reajuste en el balance de poderes". En: "Religiosidad popular en el Norte de Chile", Cuaderno de Investigación Social, N°18. Centro de Investigación de la Realidad del Norte; Iquique, Chile. pp. 39-58.